

Primeros encuentros en el Nuevo Mundo

MICHAEL GANNON*

Es posible que Cristóbal Colón no haya sido el primer europeo o africano que botó un barco al agua y, al final de un largo viaje, se encontró en el continente que más tarde se llamaría América.

Sin embargo, se puede decir que él fue el primer auténtico descubridor ultramarino de América, porque regresó a ella en varias ocasiones y puso en marcha un flujo ininterrumpido de contactos entre el Viejo y el Nuevo Mundo. Así, a Colón se le deben los primeros encuentros que registra la historia, en los que los europeos y los americanos nativos contemplaron mutuamente sus obras y esplendores y “se mezclaron las dos corrientes de la vida humana que habían fluido por separado desde un pasado inmemorial”, como dijo John Fiske en el siglo pasado.

Los primeros encuentros trajeron consigo un cambio abismal en la historia de la humanidad, pues los viajes de los españoles inauguraron una nueva era en la historia del mundo, poniendo en marcha un vasto conjunto de cambios: cartográficos, culturales, demográficos, económicos, políticos y religiosos.

La explotación europea y su asentamiento en América transformaron el entorno humano y natural de continentes enteros y, como lo señalara el

*MICHAEL GANNON. Director del Instituto para el Estudio del Período de los Primeros Contactos, de la Universidad de Florida, Estados Unidos (*Humanities*, Vol. 12, N° 5). Colaboración de USIS para *Atenea*.

historiador William McNeill, ocurrió como ninguno de los participantes había previsto o deseado jamás.

La constancia del proceso de cambio ha campeado en la historia del mundo en el último medio milenio. Eso es comprensible, pues lo que tuvo lugar fue nada menos que una revolución tectónica. Según ha dicho el historiador Alfred W. Crosby, de la Universidad de Texas, Colón y sus sucesores revirtieron la obra realizada por la deriva continental en varias veintenas de millones de años, pues volvieron a unir a los continentes. ¡Qué gran hombre se requiere para reparar las rupturas del tiempo geológico! Salvo en los primeros 20 días de marzo de 1943, cuando los submarinos alemanes cortaron las comunicaciones marítimas entre el Viejo y el Nuevo Mundo, los continentes se han mantenido unidos y, en nuestros días, forman parte de una aldea mundial más extensa.

Es verdad que en esa historia hubo también algunos males: la violencia de la espada y la violencia, aún mayor, de las enfermedades. Los pueblos nativos tuvieron que enfrentarse a culturas de tecnologías más avanzadas y a graves enfermedades contagiosas. El maltrato mató a relativamente pocos americanos nativos, comparado con la destrucción causada por los virus y gérmenes patógenos (la viruela, el sarampión, la tuberculosis y la peste), llevados involuntariamente por los españoles y los portugueses, frente a los cuales los nativos no tenían inmunidad. Reflexionemos: La mitad de la población del estado de Florida murió en un lapso de 10 años; la mitad de la población de México se perdió en sólo un año. Esa catástrofe biológica reclama su sitio en nuestra conciencia y en nuestra memoria histórica.

Por eso Laurence Towner, por largo tiempo jefe de la Biblioteca Newberry de Chicago, dijo: “No debemos recibir 1992 con celebración, sino con meditación”.

Por su ubicación, el estado de Florida es muy apropiado para tomar parte en esa meditación. La península se localiza un poco al sur, en las aguas que acababa de encontrar Colón, donde fue descubierta en 1513 por un compañero del Almirante en su segundo viaje, Juan Ponce de León. De hecho, entre los historiadores y los arqueólogos es muy común hablar de la Florida del siglo XVI como parte integral del Circum Caribbean, esa región geográfica que incluye las Antillas mayores y menores, el este de Yucatán, el oriente de Centroamérica, las costas septentrionales de Colombia y Venezuela, la península de Florida y la cadena de las islas Bahamas.

En consecuencia, los investigadores de la Universidad de Florida se

percataron de que el quinto centenario de Colón ofrecía una oportunidad especial para investigar los restos, documentales y arqueológicos, de los primeros contactos que tuvieron lugar entre los europeos y los americanos nativos, en el Circum Caribbean. Algunos especialistas, entre ellos el historiador Eugene Lyon y la arqueóloga Kathleen Deagan, empezaron a trabajar desde 1980 en proyectos relacionados con el descubrimiento y los primeros encuentros. Otros expertos se unieron a esos esfuerzos en los siguientes cuatro años. Gracias a eso, en 1984, cuando el Fondo Nacional de Estados Unidos para las Humanidades anunció su intención de apoyar proyectos alusivos a 1992, el grupo de Florida ya tenía el nivel suficiente de actividad y organización para formar un Instituto de Estudios sobre el Período de los Primeros Contactos. Con el respaldo del fondo, el instituto inició sus operaciones formales en mayo de 1985.

Con el complemento de donativos de otros gobiernos, la Organización de los Estados Americanos, el estado de Florida, corporaciones estadounidenses y españolas y particulares, el instituto ha emprendido un buen número de proyectos.

La búsqueda de documentos de la época de Colón, en archivos y bibliotecas importantes de España, permitió que Eugene Lyon descubriera el *Libro de Armadas*, de 440 páginas. Este documento contiene la primera descripción que se ha hallado de una de las naves de Colón, La Niña, la favorita del Almirante, cuyos aparejos, tripulación y dotación de armas para el viaje de 1498 se describen con lujo de detalle (esto ha permitido a los arquitectos náuticos reproducir con precisión, por vez primera, la carabela, naval que en el siglo siguiente se convirtió en el caballo de batalla de las flotas del Atlántico).

Además del inventario material de los artículos culturales que fueron enviados a las Indias, donde figuran medicinas, herramientas, alimentos y ganado, el documento contiene nuevos datos de personajes tan importantes como Amerigo Vespucci y Juan de Fonseca; de americanos nativos que fueron llevados a España; de los diversos medios empleados para financiar los barcos, suministros, armas y hombres enviados a Occidente en las diversas expediciones de la década de 1490; y sobre los primeros planes que España puso en práctica para establecer colonias mineras y agrícolas en lo que, a la sazón, aún no se sabía era un nuevo mundo.

La investigación prosigue en torno a La Navidad, el primer asentamiento de Colón, fundado en la costa norte de la moderna Haití, en la época

navideña de 1492. Equipos de investigadores han escudriñado los documentos y han buscado ese lugar, que según se cree por buenas evidencias, es hoy una plantación de mandioca en la salina En Bas. Allí erigió Colón una fortaleza, con madera de la nave naufragada Santa María, y dejó una pequeña guarnición a la que prometió regresar en 1493. A su regreso vio consternado que la rudimentaria estructura estaba destruida y que todos sus hombres habían sido asesinados. Muchos objetos hallados en ese lugar -entre las 12 toneladas de material removido con propósitos de análisis- inducen a pensar que el sitio ha sido correctamente identificado. Entre ellos destacan los restos de fauna europea, cerdo y rata, que era desconocida en este lado del Atlántico antes de Colón.

También con apoyo del fondo, el instituto realiza excavaciones en el segundo asentamiento de Colón en el Nuevo Mundo, llamado La Isabela, fundado en diciembre de 1493 en la ribera occidental del río Bahabonico, en la costa norte de lo que hoy es República Dominicana. Las excavaciones se realizan de acuerdo con un convenio conjunto con el gobierno dominicano. La importancia del lugar es innegable, pues esa ciudad constituye el primer ejemplo que tenemos de la vida doméstica euro-americana. Fue donde los españoles se sintieron por vez primera “como en su casa, en América”. También es el primer indicio de un contacto social entre europeos y americanos nativos o, si se prefiere, de la experiencia inicial de un proceso que cambió al mundo político, social, económico y religioso del siglo XVI y de la posteridad. Aquí encontramos la casa de Colón, las primeras viviendas de mampostería, el comienzo de la introducción intencional de plantas y animales de Europa y el trazado de la primera ciudad, con las primeras calles, plazas, murallas, canales y jardines urbanos.

Otro de los lugares que estudia el instituto y cuya relevancia se remonta a la época del descubrimiento es Puerto Real, que ocupa el cuarto lugar entre las más antiguas ciudades europeas construidas en América. Esta comunidad ganadera, ubicada a casi cinco kilómetros de La Navidad, fue próspera de 1501 a 1580. En los españoles de Puerto Real se produjo una aculturación gradual con la población indígena taína, según se aprecia en los documentos y materiales arqueológicos allí recuperados.

Otra excavación financiada por el fondo es el campamento invernal de Hernando de Soto en Tallahassee, Florida, que data de 1539-1540. Descubierta por accidente en 1987, el lugar conocido como Martín fue el primero que se logró identificar positivamente con De Soto, entre todos los puntos

de su recorrido de 6.400 kilómetros por el sur de Estados Unidos. Esto dio como resultado el descubrimiento de una cantidad significativa de mallas metálicas, flechas de ballesta, monedas de un maravedí y restos de cerdo (el primer indicio de la presencia de porcinos en lo que hoy es Estados Unidos), y además desató un torrente de investigaciones y publicaciones en relación con De Soto.

Otro proyecto arqueológico que está en marcha es la búsqueda de San Miguel de Guadalupe, el primer asentamiento europeo en lo que hoy es Estados Unidos, fundado por Lucas Vázquez de Aylion y otras 600 personas, entre las que había mujeres y niños, así como esclavos africanos traídos de Santo Domingo. Eso ocurrió en 1526, 39 años antes de la fundación de San Agustín, Florida. Se nos induce a pensar que dicho lugar es el actual Sapelo Sound, Georgia. Si se encuentra el emplazamiento de San Miguel, revelará muchas cosas sobre la primera irrupción del cambio demográfico y cultural en el sudeste estadounidense, y nos ofrecerá una vislumbre inicial de cómo los españoles trataron de adaptarse a los recursos que hallaron en la franja costera, un entorno frágil que les brindaba gran abundancia de proteínas animales y de pescado, pero pocos de los carbohidratos conocidos por ellos. La ciudad fue abandonada pocos meses después de su fundación.

El éxito de los proyectos arqueológicos ha dependido en gran parte, hasta la fecha, de su acoplamiento práctico con la historia. La prueba documental de archivo ha sido esencial para que el instituto ponga en marcha cada uno de sus intentos de exhumar evidencias materiales. A la inversa, la arqueología le ha aportado al historiador algunos datos que, por una u otra razón cultural, nunca habían sido asentados por escrito, según parece. Las excavaciones realizadas en Puerto Real, por ejemplo, revelaron datos que no aparecían en los registros escritos sobre la vida y el papel de la mujer en aquel asentamiento colonial. Aun cuando una generación anterior de especialistas en el estudio de las colonias españolas tuvo el cuidado de combinar las investigaciones de la cultura material con la exégesis de documentos, en 1950 era muy común que los historiadores se apegaran con rigor a los documentos de archivo, y que los arqueólogos históricos -un nuevo subgrupo que ocupa un lugar diferente de su más antigua disciplina hermana, la de los arqueólogos prehistóricos- tendieran a ocuparse estrictamente del análisis de los artefactos recobrados. Sin embargo, en la década de 1970 se vio con claridad que cada una de esas disciplinas necesitaba de la otra para el examen cabal de sus hallazgos. Así, pues, se ha aplicado una estrategia deliberada de colaboración

multidisciplinaria. Es probable que esa asociación lleve a los investigadores a terrenos que no solían pisar los investigadores coloniales: la adaptación a la frontera, las pautas residenciales, las funciones de la familia, la dieta, los modelos de parentesco y matrimonio, y las relaciones interétnicas, para dar corporeidad a los consabidos relatos de actividades políticas, militares religiosas y diplomáticas.

Dos proyectos del instituto, que en sus inicios recibieron el apoyo del fondo, se refieren a archivos. El primero de ellos, concluido en marzo de 1989, consistió en registrar por vez primera en microfilm los materiales de la Florida española que se conservan en Cuba. Los documentos, todos ellos registros parroquiales, habían sido descubiertos en un viaje de investigación a la provincia de Matanzas en 1982. Se requirió ese intervalo de siete años para obtener las autorizaciones de rigor y hacer los arreglos necesarios para la microfilmación.

El segundo proyecto se realizó en España y fue más ambicioso: El registro en microfilm del archivo de los condes de Revillagigedo, en Madrid. Este archivo privado, el más grande e importante llevado a Estados Unidos desde España, contiene información sobre la fundación de Florida por Pedro Menéndez de Avilés y sus sucesores, la extensión de la hegemonía española a través de la franja meridional de estados que llega hasta California, y los gobiernos de dos importantes virreyes de México. La colección, unas 825.000 páginas, 167 imágenes en color y un rollo con extensos cuadros sinópticos, fue filmada en el curso de seis meses. Se la puede consultar en Gainesville y San Agustín. El proyecto reveló los extraordinarios y poco utilizados recursos que ofrecen los documentos pertenecientes a las familias de la nobleza, como instrumentos para estudiar los contactos más antiguos de éstas en el centro y el norte del continente americano. Con una donación especial del fondo, emprendimos otros proyectos similares y al fin obtuvimos la anuencia de nueve familias nobles -duques, condes y marqueses- para copiar sus archivos privados.

Gracias al financiamiento inicial aportado por el fondo, pudimos obtener de una fundación perteneciente a una compañía de seguros española en Madrid, todo el financiamiento necesario para el copiado. Con una ayuda de varios millones de dólares, prescindimos de la microfilmación, adoptamos la tecnología óptica del disco láser y hoy tenemos instalado en Madrid un conjunto de rastreador, monitor, disco e impresora. El mayor reto que afrontamos consistió en cómo obtener adecuadamente los documentos en

los casos en que el deterioro del papel, el desvanecimiento o difusión de la tinta, o las manchas causadas por agua o insectos, requieren el empleo de un tratamiento especial. Ya se ha iniciado la operación de rastreo en los archivos de los duques del Infantado. Para el almacenamiento de los documentos, Ignacio de Medina y Fernández de Córdoba, duque de Segorbe, ha puesto a nuestra disposición los 18.600 metros cuadrados de una de las alas del Hospital Tavera, en Toledo, España, que data del siglo XVI.

Este proyecto debe continuar mucho tiempo después del año del Quinto Centenario de Colón y llegar al final de la década correspondiente, es decir, hasta el año 2002, aniversario del último viaje del navegante, a fin de que muchos proyectos académicamente serios tengan tiempo de madurar y para inaugurar, según lo esperamos, un énfasis nuevo y constante en los estudios iberoamericanos. Tal como se ha dicho, 1992 no debe ser un año para arrojar el ancla, sino para izar las velas.

El instituto ha emprendido la elaboración de una serie del Quinto Centenario de Colón, en colaboración con la University of Florida Press. El primer volumen que apareció, *First Encounters (Primeros encuentros)*, es el tomo que acompaña una gran exposición instalada por el Museo de Historia Natural de Florida en el recinto universitario de Gainesville. La exhibición, titulada "Primeros Encuentros: Exploraciones Españolas en Las Américas", incluye una réplica de La Niña, a dos tercios de su tamaño natural, que ha realizado una gira por 10 ciudades de Estados Unidos.

El segundo tomo es el *Libro de las profecías*, del propio Colón, editado y traducido al inglés por Deino C. West y August Kling. Otros cinco volúmenes de la serie están en las fases finales, entre ellos las traducciones de Eugene Lyon del *Libro de Armadas*.

No se debe dejar un tema como éste sin considerar la pregunta que está presente en la mente de muchos estudiosos de la epopeya de Colón, es decir, ¿dónde hizo su primer desembarco el navegante? ¿Fue en la isla de Watling, hoy San Salvador, como lo han dicho el historiador estadounidense Samuel Eliot Morison y muchos otros? ¿Fue en Samaná, como lo afirma la revista *National Geographic*? ¿O fue acaso en Gran Turco, Egg o cualquiera de las islas Bahamas que, a través del tiempo, han reclamado el derecho de ser el lugar del desembarco inicial, aquella noche que dividió la historia humana, hace 500 años?

Los geógrafos y los expertos náuticos dicen que nunca sabremos con certeza cuál fue la ruta transatlántica del almirante, porque su diario original

se ha perdido y la copia que tenemos, obra de Las Casas, es un resumen y tiene muchas lagunas, errores y enmiendas.

Los arqueólogos me dicen que nunca lo podremos averiguar a partir de los artefactos, pues todo lo que se dejó en la primera isla, como las cuentas de vidrio, debió haber salido enseguida hacia otras islas, en calidad de mercancía exótica.

Por su parte, los historiadores me aseguran que en realidad es irrelevante cuál fue el lugar de su arribo, pues lo importante no es dónde avistó Colón tierra americana por vez primera, sino lo que pasó como consecuencia de ese avistamiento. Y yo soy de la misma opinión.

